

Tales son la descripción y estudio de tan importante monumento, hechos por el sabio Gama. No entraremos en el examen de sus opiniones, ni dilucidaremos las diversas ideas por él expuestas; pero sí haremos algunas rectificaciones.

La estatua, con las dos figuras estrechamente unidas, cada una con máscara de *cohuatl*, representa la dualidad *Omecihuatl*. La multitud de manos es símbolo de su poder creador. Las garras que tiene por pies, son propias de la deidad, como ya hemos visto. Y las calaveras y la enagua de culebras la personifican como *Coatlicue*, la diosa de la muerte.

En esta escultura observamos lo que antes dijimos, reunidos en un ídolo los atributos de varias deidades sinónimas.

El Sr. Troncoso la describe y clasifica de la siguiente manera: (1) «La diosa *Coatlicue*, la de la saya de culebras: es colosal, está en pie, tiene su cuerpo revestido de serpientes, y en el ceñidor dos calaveras, una delante y otra detrás. Era patrona de los floristas. Por la saya de serpientes merece la denominación de *Coatlicue*; pero por las calaveras en el ceñidor y las manos presentadas por sus palmas es representación también de *Mictecacihuatl*, diosa de los muertos.»

Estas palabras del Sr. Troncoso son muy importantes, y nos sirven para explicar el desarrollo ideológico de la teogonía nahua. *Coatlicue* y *Mictecacihuatl*, deidades sinónimas, eran las dos la misma diosa de los muertos; pero *Mictecacihuatl* lo era como par de *Mictlantecuhli*, y *Coatlicue* ya era una deidad sola, diosa de la muerte, compañera, pero antagónica, de *Totec*, dios de la vida. Ésto se comprenderá mejor comparando otros dos ídolos del Museo, de los cuales uno es la misma *Coatlicue*, pero solamente con sus atributos propios, y sin ninguno de las otras deidades sus sinónimas.

Describe la una el Sr. Troncoso como sigue: (2) «*Mictecacihuatl*, la diosa de los muertos.—Escultura de piedra basáltica, muy acabada en su ejecución. Está la diosa hincada y sentada sobre los talones; con los brazos encogidos, pegados contra el cuerpo, y dirigidas las palmas de las manos hacia adelante con la actitud en que la representaban haciendo presa en los difuntos, por cuya causa sus manos resultaban encañecidas. (3) La cabeza es una calavera boquiabierta; su diadema se forma también con una serie de calaveras más pequeñas, cuyo número debe tenerse presente para la sinonimia de la diosa. (4) Adórnanle orejeras redondas, y su gargantilla tiene como medallón otra calavera, y como pinjantes laterales dos manos con las palmas vueltas para adelante y los dedos dirigidos hacia abajo. Brazaletes con largos manípulos adornan sus muñecas y viste quesquémil, huipil con cenefa de plumas y grecas, y chincuey liso. Dim. 0,85.»

Ésta es todavía la deidad par de *Mictlantecuhli*: por eso lleva de gargantilla, al mismo tiempo, la calavera símbolo del poder destructor, y las manos manifestación del poder creador de *Omecihuatl*. El progreso de la ideología teogónica debía consistir en hacer una sola deidad de la muerte, como una sola deidad de la vida. Esto se realizó con *Coatlicue*, según vamos á ver en la otra escultura á que nos referimos, en comparación con la *Mictecacihuatl* descrita.

De ella dice el Sr. Troncoso: (5) «La diosa *Coatlicue*, «la de la saya de culebras,» diosa de los muertos y numen de los floristas, como dije ya cuando describí el ejemplar (a). Sus atributos son mucho más sencillos que los del modelo colosal antes des-

(1) Catálogo de la sección de México en la Exposición histórico-americana de Madrid, tomo I, página 35.

(2) *Ibid.*, tomo II, página 400.

(3) «En el ejemplar faltan los dedos de las manos, por rotura.»

(4) Son nueve. Por lo mismo las calaveras nos darían el nombre *Chicunahuimiquiztli*.

(5) Catálogo cit., tomo I, pág. 37.

crito: cabeza de calavera con incrustaciones de piedras finas; manos callosas y dispuestas á hacer presa en los muertos; saya de culebras; piernas gruesas y terminadas por garras.»

Aquí es la deidad *Coatlicue*, con sus propios atributos y sin ningún otro de sus sinónimas: es decir, la diosa de la muerte, sin relación á otro par con la misma significación. Unicamente, para identificarla siempre con la *Omecihuatl*, tiene garras por pies. Las incrustaciones de la calavera son de grandes turquesas, del color del firmamento.

Pero la mayor confirmación de que *Coatlicue* es la deidad especial de la muerte, haciendo par con *Totec*, dios de la vida, nos la da esa misma escultura y su compañera, pues son un par.

Es éste para nosotros punto tan importante, que merece tomarse en consideración lo que sobre estos dos ídolos ha escrito el sabio arqueólogo francés, M. E.-T. Hamy, Conservador del Museo de Etnografía del Trocadero. (1)

«El Museo Nacional de México, dice, posee desde hace muchos años dos estatuas de *tuf* traquítico (toba traquítica), las cuales tienen aún trazas de pintura é incrustaciones de *chalchihuit* y otras piedras duras. Fueron encontradas juntas, en época indeterminada, en una escavación practicada en Tehuacán de las Granadas.» (2)

«Esta ciudad, hoy simple cabecera de distrito del Estado de Puebla, á doce leguas al sudeste de Orizaba, fué en otro tiempo muy rica en monumentos indígenas. Particularmente dedicada, según las palabras de Torquemada, á la cultura y servicio de los demonios, el pueblo de Tehuacán, cuyo nombre significa el lugar en que se posee dioses, (3) contenía un vasto panteón que destruyó Fr. Juan de San Francisco, casi completamente, poco tiempo después de la Conquista.»

«Las dos estatuas del Museo Nacional probablemente habían sido enterradas antes de esta ejecución, por algún indio que había permanecido fiel al culto de sus antepasados: y salieron casi intactas del escondite que las sustrajo, en el siglo XVI, á los furores de los émulos de Zumárraga.»

«Cuando se encuentra uno en presencia de estos dos únicos supervivientes del panteón de Tehuacán, desde luego le llaman la atención los caracteres comunes que presentan. Tienen exactamente la misma altura (1^m 15), casi los mismos contornos generales, la roca es idéntica, y la mano de obra difiere tan poco, que se siente uno inclinado á creer que en otro tiempo salieron del mismo taller.»

«Son un par, ó más bien dos números de una serie dispuesta simétricamente en otro tiempo, en algún edificio religioso de la ciudad. Vamos á ver que las inscripciones misteriosas que tienen en la nuca, y que han escapado hasta ahora á la atención de los arqueólogos que las han examinado, establecen entre ellas una nueva solidaridad.»

«La primera de estas estatuas, el número 4 del catálogo citado antes, ha llamado principalmente la atención de los arqueólogos y de los etnógrafos. El personaje femenino que representa, necesariamente atrae las miradas. Su cuerpo de vieja, con senos ajados y deprimidos, sostiene una calavera adornada de turquesas; sus manos con las

(1) *Decades americanæ*, página 90.

(2) Estas dos estatuas fueron desenterradas, allá por el año de 1850, por un Sr. Ovando, quien se las cedió al Sr. Lic. Cardoso, de Puebla, en cuyo poder las conocimos en el año de 1862. A su muerte las compró el Sr. Constantini, y las vendió al Museo hará unos veinte años.

(3) No comprendemos esta interpretación del nombre de Tehuacán, porque la palabra se compone de *tell*, piedra, y los sufijos *hua* y *can*. Lugar en que se posee dioses sería Teohuacán ó Teotihuacán.

palmas callosas, porque han trabajado mucho, se extienden como para agarrar al desgraciado pasajero; espantosas serpientes de cascabel se entrelazan para tejer su falda; en fin, sus pies de largos dedos están armados de enormes garras. Es claramente Miquiztli, la muerte, lista á llenar su lúgubre oficio, como fácilmente lo han reconocido los Sres. Mendoza, Sánchez, Charnay, Lucien Biart y muchos otros. Pero es Miquiztli bajo una forma repetida y particularmente terrible, como lo demuestra el jeroglífico, cuyo relieve ha ocultado el escultor detrás de la cabeza. Este jeroglífico representa, en efecto, una cabeza de muerto vista de perfil, rodeada de dos series de rayos, y á cuya derecha están ocho pequeños discos numéricos. Este conjunto debe leerse: *Chicuei* (ocho) *Miquiztli* (muerte), ocho muertes.»

«Ahora bien: *Chicuei Miquiztli* es, en el calendario astrológico mexicano, el octavo día de la séptima trecena (*ce-quiahuitl*); y es el único día en la serie del *tonalamatl*, en que el signo *Miquiztli*, nombre del día, coincide con el mismo signo *Miquiztli* empleado como símbolo del quinto de los «Señores de la noche.» Es un día más especialmente colocado bajo el poder de la muerte, día terrible entre todos, y cuya influencia era considerada como particularmente nefasta. Sahagún nos da á conocer, que «los que nacían ese día eran mal vistos y detestados de todo el mundo.» Tenían además, agrega, según los mexicanos, «todas las malas inclinaciones y los peores vicios que existen.»

«Hace par de esta horrible figura de la muerte, en la misma sala de entrada del Museo de México, una segunda estatua, también encontrada en Tehuacán de las Granadas, y en cuyos atributos un poco indecisos, está uno inclinado á buscar exactamente lo contrario de lo que la primera acaba de mostrarnos tan claramente. A la diosa de las tinieblas y de la muerte, se quiere oponer un dios de luz y de vida, al lado de la que destruye, se coloca el que crea, *Xiuhtecuhtlitletl*, de quien el Sr. Chavero cree encontrar los adornos simbólicos en algunas partes de la escultura. (1)

«La otra estatua, escribe el sabio arqueólogo en la memoria antes citada sobre la *Piedra del Sol*, es un mancebo hermoso, con ojos vivos formados de marfil (?); (2) tiene á la espalda los rayos simbólicos de la luz, y el haz de cuatro hojas que forma el ciclo ó *xiuhmolpilli*; y en su *ayatl* se ve aún una orla de estrellas en el azul del firmamento.» (3)

«Algunos quieren que este dios sea Huitzilopochtli, agrega el Sr. Chavero; entonces serían la madre y el hijo. Parecen, continúa, Xiuhtecuhtli y Coatlicue, el día y la noche, el creador y la destructora, la vida y la muerte, los dos dioses que están á los extremos de la humanidad en el movimiento eterno de los mundos.»

«La lectura del jeroglífico occipital, que ha escapado á la atención del Sr. Chavero, no confirma esta manera de ver. Este jeroglífico representa, en efecto, una cabeza de animal fantástico con gran ojo ovalado, de nariz levantada á manera de pequeña trompa, con la boca abierta, de la cual se ve salir una lengua bifida y pendiente, y un gran gancho lateral. Esta cabeza rodeada de rayos (se ven nueve en el perfil) es la cabeza simbólica de Ehecatl, la personificación del viento, una de las manifestaciones más veneradas del dios Quetzalcoatl.»

(1) Véase mi estudio sobre la Piedra del Sol, Anales del Museo, tomo II, página 298.

(2) El marfil fósil fué usado por los antiguos indios. Entre otras piezas, tuve en mi colección dos culebras bimanas de marfil, de las cuales habla el Sr. Orozco y Berra en su Historia Antigua de México. En varias partes de la República, en nuestro mismo Valle, han sido encontrados colmillos de elefante.

(3) Estas estatuas eran policromas.

«A la derecha del signo jeroglífico, hay cuatro signos numéricos, y el conjunto se lee: *Nauí* (cuatro) *Ehecatl* (viento), y por contracción, *Nauhecatl*.»

«*Nauhecatl* (cuatro vientos), cuarto día de la séptima trecena, era también un día muy importante en el *tonalamatl*. Mataban ese día, nos dice Sahagún, á los malhechores que estaban presos, y el rey tenía la superstición de hacer matar á algunos esclavos, «y los mercaderes y tratantes hacían alarde ó demostraciones de las joyas que trataban, sacándolas, para que las viesén todos, y despues á la noche comían y bebían. Tomaban flores, continúa el antiguo historiógrafo, y aquellas cañas de perfumes, y asentábanse en sus asientos, y comenzaban cada uno á jactarse de lo que habían ganado, y de las partes remotas donde habían llegado, y baldonaban á los otros de que eran para poco, ni tenían tanto como ellos, ni habían ido á partes remotas como ellos. En esto tenían gran chacota los unos con los otros por gran rato de la noche.»

«Y adelante, volviendo á tratar de este día *nauhecatl*, que califica de indiferente tanto para el bien como para el mal, pero del cual dice sin embargo que todos desconfiaban, y que era de mal agüero, nos refiere que en él, durante la noche, mataban á los culpables de adulterio, y los arrojaban al agua al amanecer; que ponían cardos en las ventanas, para ahuyentar á las brujas y á los hechiceros, que ese día hacían sus encantos y maleficios, y que los *acxoteco* (mercaderes ricos) honraban el signo *nauhecatl* con los sacrificios y ceremonias de que ya se ha hablado, y que cuenta nuevamente con prolijidad.»

«*Nauhecatl*, cuyo papel particularmente importante en el calendario nos dan á conocer claramente estos extractos de Sahagún, no presidía solamente el cuarto día de la séptima trecena, que le estaba consagrado: tenía toda la trecena bajo su dominio, y esta representación simbólica estaba pintada en el centro de la página correspondiente del *tonalamatl*. Es un personaje sobrecargado de adornos bizarros y complicados, de los cuales la mayor parte ha suprimido necesariamente la estatuaria, dejando solamente un manto (*ayatl*) simplificado, formado de fragmentos que le caen á la espalda, un ceñidor ó *maxtli*, y las piernas adornadas con pequeñas conchas que decoran casi constantemente al dios Quetzalcoatl, del cual Ehecatl no es sino una de las manifestaciones. Un agujero hecho debajo de los cordones del manto, recibía el joyel del viento formado de una concha; y otros pequeños agujeros que tiene al rededor de la cara, servían sin duda para que entrasen en ellos los soportes de alguna tiara móvil, que entraba en la media máscara que oculta en parte la cara del dios en el *Tonalamatl*.»

«Móvil era también la insignia que el dios tenía en la mano derecha, levantada á la altura de la espalda.»

«El Sr. Chavero, cambiando su interpretación primera, en un nuevo capítulo de su estudio ha emitido la opinión, de que el objeto desaparecido de la mano derecha de la estatua, debía ser una lanza; y esta hipótesis lo conduce á ver en nuestro personaje al compañero militar de Quetzalcoatl, Totec, el cual, en efecto, tiene generalmente una lanza en la mano.»

«Pero si el artista realmente hubiera querido armar con una lanza la mano derecha de la estatua, como piensa el Sr. Chavero, habría hecho lo que tan bien sabían hacer los escultores mexicanos, habría vaciado completamente la palma de la mano para introducir el asta de metal ó madera que debía sostener la punta y el penacho del arma sagrada; pero aquí el pulgar cae sobre la mano ligeramente entreabierta, y que no ofrece sino una pequeña hendedura para recibir el objeto más ó menos encorvado que debía sostener. Este objeto, en mi opinión, debía ser el rayo que el Sr. Gomersindo Mendoza reconoce en el mismo lugar en la pintura del Codex Vaticanus. En la otra mano, en parte rota, pero en donde se distinguen aún los restos de una exca-